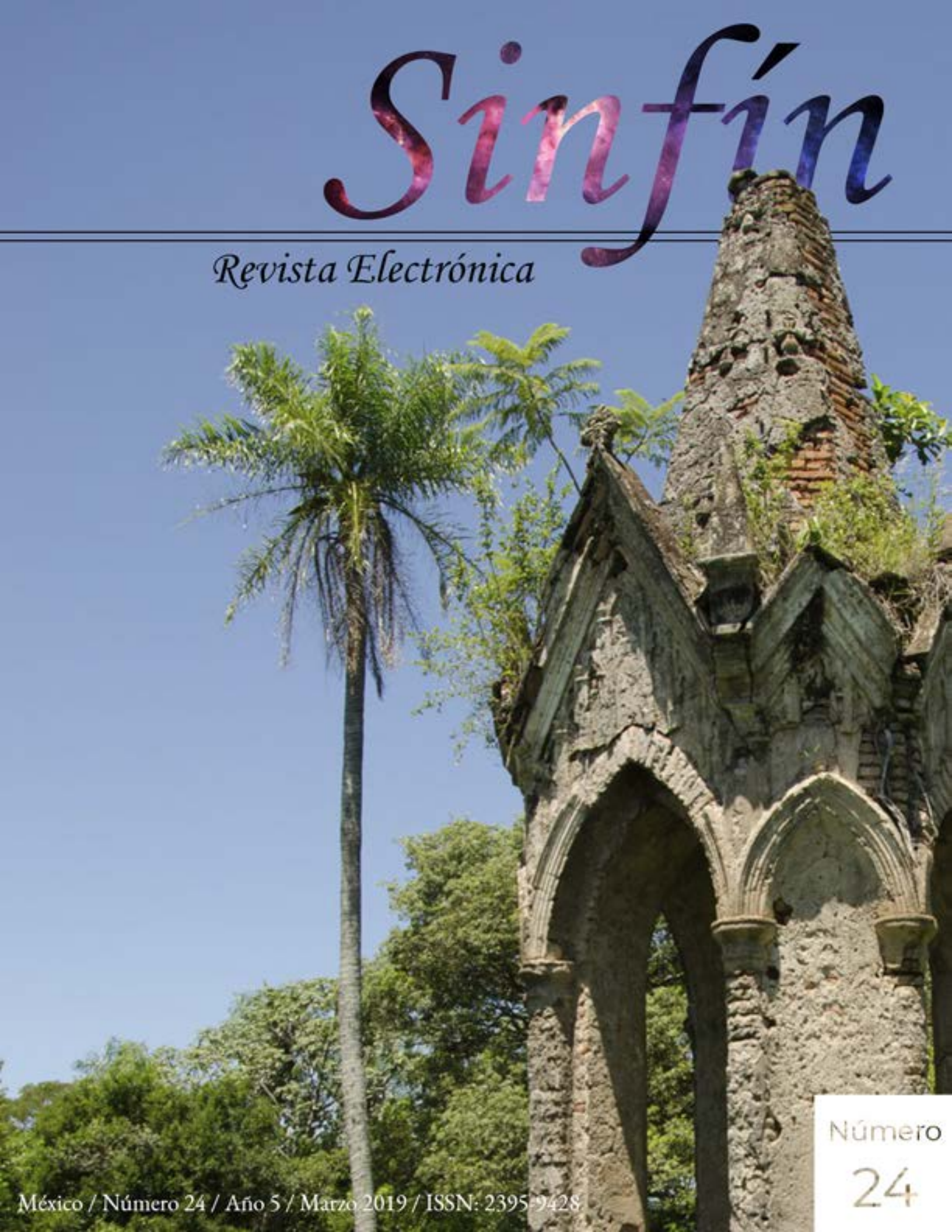
Sinfín

Revista Electrónica



Número 24

México / Número 24 / Año 5 / Marzo 2019 / ISSN: 2395-9428

Directorio

Dirección
Ana Matías Rendón

Dirección de Fotografía
Gabriel Sebastián Chazarreta

Consejo Editorial
Pedro Humberto Sánchez López
Ana Matías Rendón

Diseño Editorial
Miguel Ángel Matías

Fotografía e imágenes
Gabriel Chazarreta
Noé Zapoteco Cideño
Haizel de la Cruz

Diseño Web
Miguel Ángel Matías

Colaboradores:
Alejandra Olivares
Alondra Méndez
Amelia Modrak
Claudia Saraí Fernández López
Jorge Díaz Martínez
José Carlos Monroy
Karina Licea
Mariscela Z. Yatzil
Oveth Hernández Sánchez
Pedro Uc
Ricardo Camarena Castellanos
Rusvelt Nivia Castellanos

Imagen de portada por **Gabriel Chazarreta**

Sinfín, no. 24, marzo de 2019, es una publicación bimestral editada y publicada por Ana Matías Rendón, Perales Mz15 Lt20, Bosques de Morelos, Cuautitlán Izcalli, Estado de México, Tel. (55) 86513462, www.revistasinfin.com. Editor responsable: Ana Matías Rendón. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2015-022013150800-102, ISSN: 2395-9428, ambos otorgados por el Instituto Nacional de Derechos de Autor. Responsable de la última actualización de este Número, Diseño Web, Miguel Ángel Matías Rendón, Perales Mz15 Lt20, Bo sques de Morelos, Cuautitlán Izcalli, Estado de México, fecha de la última actualización 04 de marzo de 2019.
Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Cualquier mención o reproducción del material de esta publicación puede ser realizada siempre y cuando se cite la fuente.

Después de dos años de suspensión, ¡*Sinfín* ha vuelto! Estamos muy contentos de contar nuevamente con su apoyo. En este reinicio nos acompañan viejos amigos y algunos escritores noveles que empiezan el sendero de las letras, todos con textos sugerentes y creativos.

Estamos convencidos de que el respeto inicia con un espacio en el que diferentes culturas, lenguas, posturas políticas y vertientes literarias puedan dialogar, por ello, nuestro propósito es mantener una zona abierta que provoque las reflexiones –esperamos que así sea–, de este modo damos inicio con un texto fuerte, de un autor que nos interpela, más allá de los romanticismos indígenas, a la lucha maya por medio de la palabra, con *Yuum K'áax* de Pedro Uc; seguido de una poética, cuyo ritmo íntimo nos revira en el dolor y los claroscuros, en los poemas de Claudia Saraí Fernández López.

En *Los funerales de Rulo* de Oveth Hernández Sánchez se evoca una historia de fatalidad y destino inevitable, una nostalgia poco común, escondida entre los recovecos de una arquitectura que se desvanece. Al hacer una escala en la narrativa, la poesía nos conduce por sus laberintos. ¿Qué es la *palabra*? La respuesta nos la dará Karina Licea, mientras que Mariscela Z. Yatzil nos entrega aquellas *aproximaciones* que por alguna extraña razón siempre resultan más lejanas, y para quienes gozan de la bebida de los dioses, José Carlos Monroy nos comparte el *Soneto del pulque*.

Para continuar por los lugares sombríos, *Flor de la pradera* de Ricardo Camarena Castellanos nos dejará pensando en sus descripciones y Amelia Modrak nos hablará de *Las raíces del mal* y la pregunta que ha atormentado a las grandes mentes nos retumbará: ¿qué es el mal? Y esta incertidumbre sólo se incrementará al leer *Apocalíptica* de Rusvelt Nivia Castellanos, quien nos llevará a caminar por la zona de guerra. Tal vez, el desasosiego se encierra en uno mismo, como nos lo hace ver Alejandra Olivares en su *Anatomía de lo incierto*, porque como versa Jorge Díaz Martínez en el *Pequeño Manual para el Viajero en el Tiempo*, el tiempo es una narración en el que pasado y futuro son percepciones relativas.

Para el último aliento de la revista, dejamos la reseña sobre el disco de Javier Villalba en lengua ranquel, *Chai Rimel*, cuyo contenido revela la resistencia de una cultura que pretende sobrevivir en tiempos posmodernos y, contrariamente, las cavilaciones que deja un texto del siglo pasado con aires decimonónicos con *Santa. Donde el día se torna oscuro* de Víctor Manuel Balam Villanueva que retoma el texto de Federico Gamboa en una iniciativa por mirar actualmente las inquietudes de siempre. Y, después de un viaje inquieto en las reflexiones, terminamos con el texto de Alondra Méndez, con su poema *Corteza de agua*, quien nos recuerda que la juventud nos hace sentir que todo es posible.

La fotografía del número 25 de *Sinfín* se la debemos al talento de Haizel de la Cruz, joven maya; a Noé Zapoteco Cideño, de la cultura náhuatl y a Gabriel Sebastián Chazarreta, argentino.

Editorial

Gabriel Chazarreta

Contenido

7 Yuum k'áax, fundante de la palabra maya
Pedro Uc

9 - 10 Bienvenida
Eclipse
Claudia Saraí Fernández López

13 Los funerales de Rulo
Oveth Hernández Sánchez

19 Palabra
Karina Licea

20 Aproximaciones
Mariscela Z. Yatzil

23 Soneto del pulque
José Carlos Monroy

24 La Flor de la Pradera
Ricardo Camarena Castellanos

26 Las raíces del mal
Amelia Modrak

27 Apocalíptica
Rusvelt Nivia Castellanos

28 Anatomía de lo incierto
Alejandra Olivares

32 Pequeño Manual para el Viajero en el Tiempo
Jorge Díaz Martínez

38 Chai Rimel "Hoy Siempre"
Javier Villalba

40 Santa. Donde el día se torna oscuro
Víctor Manuel Balam Villanueva

42 Corteza de agua
Alondra de Jesús Méndez Abarca

YUUM K'ÁAX: FUNDANTE DE LA PALABRA MAYA

Pedro Uc

En estos últimos años, en el territorio de los pueblos originarios, brotaron como flores de primavera expresiones coloridas de denuncia en contra del racismo, de la marginación y del desprecio hacia quienes descendemos de los primeros pueblos. De las esquinas y hasta el centro de este continente exigimos el reconocimiento de nuestros derechos como pueblos indígenas: ser guardianes de nuestros territorios, hablar y ser hablada nuestra lengua maya en por lo menos las escuelas, las oficinas gubernamentales, los tribunales y hospitales; es decir, el derecho a que nuestra lengua maya salga de la clandestinidad y recupere su espacio de luz. A veintisiete años de este soñado jardín, nos persigue desafiante la realidad que no termina de acomodarse, en torno a nuestro territorio invadido y lengua materna que nos dejaron las abuelas por encargo de los *Yuumo'ob*, hoy adustamente profanada.

El monte es la casa de los *Yuumtsilo'ob*, durante el día se percibe a unos, y en la noche se escuchan a los otros, con un poco de suerte se les puede ver; se turnan para acompañar al hombre y a la mujer que convive con ellos debajo de la sombra del *noj k'áax* o monte alto. Ahí aprendemos los mayas el nombre de los árboles, de las yerbas y descubrimos sus propiedades medicinales.

Los pájaros son el *piixan* de nuestros abuelos, nos enseñan la lengua maya con sus cantos o graznidos, nos dejan nombrar los colores de su plumaje, su amor de pareja cuando hacen su nido y empollan juntos hasta ver bien logrado el vuelo de sus polluelos hacia las manos de *Yuum K'áax*; los espera con sus brazos de *kopo',* de *chukum*, de *tsalam*, de *ja'abin*, de *chakte'*, de *chéechem*, entre otras ramas. Los alimenta con su *k'úumche'*, *wayúum*, *tsakam*, *xnúumts'uutsuy*, *waya'te', ya'*, *jmak'*, entre otros frutos.

Los animales son la fuerza de los *Yuumo'ob*, nos enseñan a precisar nuestra lengua maya con su fiesta, como el *báaxal kéej*, como la marcialidad del *káaxil k'éek'en*, y el *kitam*, el *áakam* del *ayim*, la clandestinidad del *jaaleb*, la construcción de nuestra casa como el *baj*, la paciencia del *tsáab kaan*, la nobleza del *weech*, la protección del *kok áak* y el juicio del *ka' koj*.

La voz primera o melodía de nuestra lengua está en *Yuum K'áax*, bajo su sombra, en sus nidos, en sus cuevas, en sus aguas, en sus hojas secas, en sus colores, en sus frutos, en sus piedras, en su polvo, en cada animal que lo camina y en cada ave que lo canta como el *k'aay kuuts*. Ahí está la palabra primera, ahí está el vigor de nuestra lengua maya, ahí se encamina nuestros pasos mayas, nuestra mirada maya y nuestro corazón maya si hemos soñado alguna vez en curar sus heridas; si nos tardamos, puede que la modernidad confunda un aerogenerador con un gran *piich*; que algunos simuladores de la lengua maya busquen desesperadamente cómo llamar en maya una celda solar en nombre de la revitalización de la lengua.

La milpa, altar de *Yuumtsil*, es la escuela de la lengua del niño y la niña maya, es también el espacio en el que se aprende las matemáticas por medio del *jolche'* y el *p'isk'áax*, sumando los *ts'áak* para formar las unidades de *yáalk'an* y señalarlos con el *xu'uk'*.

Los niños descubren las fracciones mediante el *súulub* que convierte a la milpa en una figura geométrica de círculo, cuadrado, rectángulo o triángulo; reconocen que el monte tiene un *Yuumtsil* a quien se le pide perdón por tirar los árboles; que la tierra, el sol, el viento y la lluvia les ha dado la vida y su grandeza.

La milpa es el primer contacto que tienen con *Yuumtsilo'ob,* quienes reciben un *joma'* de *sakab* para que juntos con el hombre y la mujer preparen la tierra para producir el alimento.

Los niños descubren cómo *Yuum K'iin* es uno de los que ayudan a hacer la milpa cuando seca todos los árboles cortados, así se encuentran por primera vez con *Yuum K'áak*' que debora el *che'kool*.

Conocen la variedad y cantidad de semillas que abraza la tierra en su regazo que ha sido fecundado por *Yuum Cháak* en los primeros días de mayo. Así pueden con firmeza nombrar en su propia lengua enseñada en su "escuela", el desarrollo del maíz, desde *púuts*', *bult'u'ulil, jumpool píixil, bulchuunche'il, jumtseemil, jumbulaj, táan u wáach'al u yi'ij, táan u p'o'ochajal, sakpak'e'en, chakpak'e'en, ek'jute'en* y *k'áants'ile'en*.

Educarse en este nicho, es aprender la lengua maya, es conocer su alma, es tomar la semilla primigenia, es lo que nos evitaría confundir una milpa con un parque eólico; revitalizar la lengua no consiste en nombrar con sonidos correspondientes a la lengua maya un aerogenerador. Regresar a la milpa, para quienes se han alejado, es regresar a nuestra cultura que es el granero de nuestra palabra.

Los ritos son la celebración de la palabra, la palabra más vigorosa que el *aj Meen* pronuncia solamente cuando está postrado frente a la ofrenda que espera pacientemente ser aceptada por los *Yuumtsilo'ob*, estos que guardan los colores con que pintan los árboles, los plumajes, la piel del *báalam*, las piedras y las flores.

El *sujuyt'aan* o palabra originaria, la onomatopeya, es la que puede ser correspondida por *Yuum iik'*, y por *Yuum Cháak*, es la invitación para construir un nudo entre la carne y el aliento, entre el *Yuumtsil* y el *lu'umkaab*, es una palabra que no es palabra sino sentimiento, compromiso, *mokt'aan* cantada, rezada, sollozada, balbuceada, tartajeada, *xmukult'aan*.

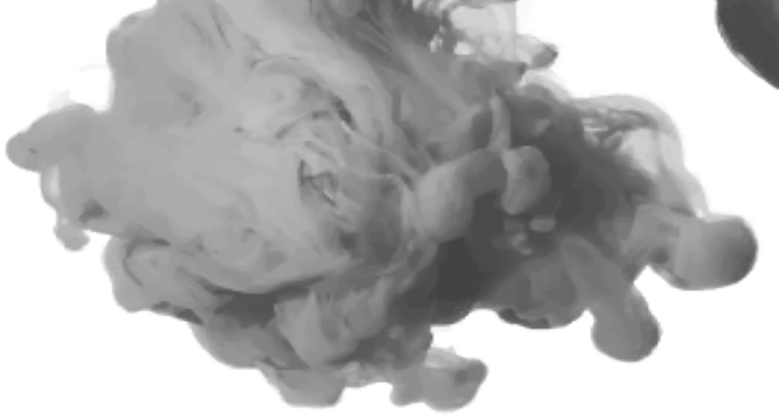
Es *suuyt'aan* o palabra remolino, palabra en movimiento circular que camina, abraza lo que halla en su paso como la ofrenda, las emociones, los colores, los compromisos, la sinceridad manifiesta en un solo rostro, no el *j ka'p'éel ich*; es la palabra que viene por nuestra verdad.

Los ritos son el *ch'il* de nuestra palabra sagrada, es la palabra comunitaria que nos compromete con el *meyajtsil* maya; sin embargo, las filipinas blancas y las cintas rojas de cabezas adulteradas, confunden revitalización lingüística con comercialización turística, han profanado con su impostor fuego nuestra palabra en nombre de un bastón. Nuestro oír, respirar, mirar y sentir no serán aliados de la farándula, del *j ka'p'éel ich* con su sintética leña bendiciendo los parques eólicos y solares que asesinan a *Yuum K'áax* y esclavizan a *Yuum iik* y a *Yuum K'iin*.

Los abuelos son los grandes árboles, los guardianes de la memoria que protegen la palabra nacida del agua, del viento, del color, de la solidez, de la forma, de la recina, de la flor; son *nukuch chuun che'ob*, *nukuch béeko'ob, nukuch xchu'umo'ob, nukuch xjúumch'íich'ob*, son el *yuum k'áax*, casa y hogar del *tsáabkan*, del *k'óok'ob* y del *kalam* pero también del *xi'ipalkaan* o *x-ek'uneil*.

En este tiempo, cuando un *nool* muere se pierde un territorio y cuando los monstruos con aspas devastan un monte, se muere un *Ak'abal*. La *Xya'axche'* es la abuela satanizada por el racismo modernista, la que sale a rescatar al colonizado por la palabra extraña, la que juega con sus nietos con sus *piits'* voladores, llevan la palabra antigua a sembrarla clandestinamente a la luz de *Yuum K'iin* en la finca del *ts'uul.*

El territorio no es un polígono, no es un paisaje biocultural, no es una parcela, no es un ejido; el territorio es la memoria, que danza en los montes, hecha palabra de nuestros abuelos, se escucha en el corazón de *Yuum K'áax*, en el *jéebkal* del *yuuk*, en el *xóob* del *noom*, en el *áakam* del *ayim* y en el *ts'íikil* del *chakmo'ol*. Revitalizar la lengua maya es entrar al *áaktunsajkab* y sentarnos a los pies de nuestra abuela y abuelo a tejer con ellos la palabra, así será posible la recuperación de nuestro territorio.



BIENVENIDA

Claudia Saraí Fernández López

A Roque

Me reencontré con el dolor
entre el hedor de las calles
y el llanto de niños desconocidos.
Lo hallé como objeto olvidado,
bajo el polvo,
cubierto con máscara de soberbia.

Reconocí mi dolor en una foto de mi padre,
donde la soledad se le escurría por las cejas.
Lo reconocí en mis entrañas marchitas,
donde las lágrimas esperan mi último derrumbe.
Reconocí *el alarido oculto* en mis ojos,
en mi barbilla.

Reconocí en su foto los mismos ojos, mis ojos.

Lo reconocí en estas palabras,
en la risa del verano, las hormigas y las chicharras.

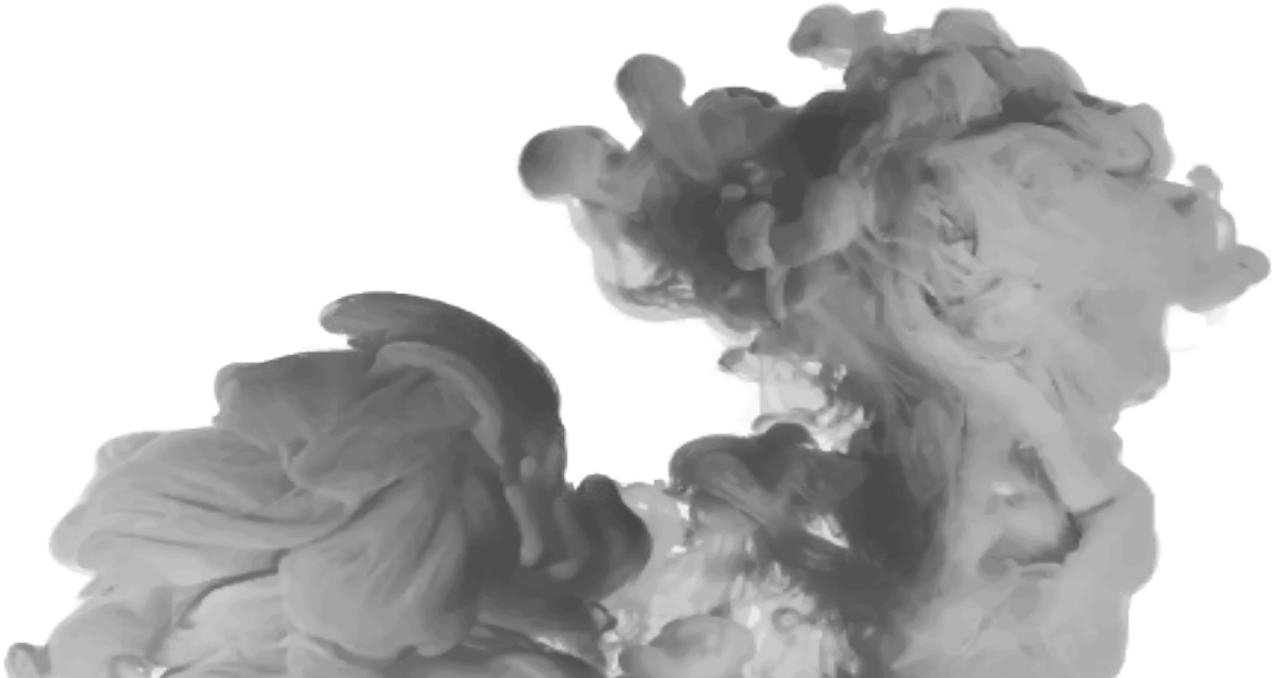
Ahora lo sé;
lo único que me queda es el apellido.

San Salvador, 2018

ECLIPSE

Claudia Saraí Fernández López

Descubro mi fe en la verdad de las sombras.
El árbol deja de ser verde,
revela su oscuridad
Ráfaga de viento
asoma el follaje temblante.
Miro mi sombra,
y en un instante desaparece mi carne.
De velo mi piel.
Mi piel develo.
El claroscuro retrata las piedras.
Un eclipse fecunda mis huellas.
Tímida sombra soy.



Ofrenda

Haizel de la Cruz

El corredor frontal de la casa era la parte más amplia, como era entonces preferente en el diseño de las casas de rancho en los acahuales de Comalcalco, Tabasco. Y por ser espacioso, don José Sebastián Espigal le había mandado a reconstruir el tapanco de la sala, que se enganchaba entre el nacimiento de las dos aguas del tejado, ampliándolo desde el corredor hasta adentro de la sala, para mantener viva la nostalgia. Pegado a la pared del corredor, contiguo a la puerta principal, don Tano (como le llamaba a don Sebastián el gremio rezador católico) fijó en diagonal un grueso tronco de coco al que le quitó boquetes en forma de escalones, siendo así el acceso principal hacia el compartimento superior.

Le encantaba la casa porque estaba cercada de madera palma de *Roystonea regia*, mejor conocida como palma real por los chontalpeños; además, porque el contraste con las otras casas hechas de latón y de madera de caoba era maravilloso. El techo estaba amarrado en simétricos trazos horizontales de pencas que provenían de las mismas palmas. Don Tano había cortado en el verano de 1952 todas sus palmas para renovar las vestiduras de su ecológica casa, misma que le había heredado su padre, don José Cruz Espigal, y en vez de ellas había sembrado en el alto campo abierto una amplia franja de maíz. Esto, unos meses después del fallecimiento de don Cruz.

Ese día del funeral, la sala estaba repleta de amigos, de familiares y de rezadores. El párvulo Rulo estaba arriba en el tapanco, con los escalones entonces en la sala, y desde allí y sólo él alcanzaba a ver hacia abajo por una rendija entre las tablas de caoba del piso del tapanco a su padre, don Tano, detrás de la puerta principal arrimada hacia la pared hecha igual de caoba, roto en gemidos silentes y lágrimas desbordantes, quien apretaba sus puños sobre las cuencas de sus ojos. Veía correr los hilos de lágrimas por debajo de su mentón.

En los tiempos lúcidos de don Cruz, por el 1910, cuando el levantamiento de su paisano vecino, don Ignacio Gutierrez Gómez, el maderista revolucionario (el General Gutierrez), en tal época se imponían otras costumbres en la arquitectura de una construcción hogareña. Habían comenzado a superar los diseños arcaicos de chozas hechas de lodo con zacate o de ceto de jahuacte y techos de penca de palma o de zacate amarrado; ahora, la necesidad de un refugio resistente a las fuerzas climáticas de la naturaleza se imponía, y accedían a los recursos de maderas de caoba, de cedro, de ceiba, de palma y techos de penca de palma con mejores urdimbres o de lámina de zinc. Una primera casa en 1910, de don Cruz. Una segunda en 1952, de don Tano.

Los funerales de Rulo

Oveth Hernández Sánchez

Esto del tiempo es complicado, me agarra por todos lados.
Johnny Carter en *El perseguidor* de Julio Cortázar

Una temporalidad que recoge y junta mágicamente entre las cuencas de las palmas de las manos juntas el inicio y el final de los recuentos de la Revolución. Una brecha donde el tiempo se abre hacia otra generación, como la del niño Rulo que vive entre los recuerdos fúlgidos del pasado familiar y los temores del efímero presente.

Era al presente efímero de Rulo donde pertenecían las descripciones arquitectónicas de la casa extensa de los Espigal de que damos cuenta. Siguiendo con sus dimensiones, la casa medía diez metros de anchura por veinte de longitud. Afuera, en el patio trasero, la asediaba una caleta bastante amplia, donde se erguían unos árboles de limón dulce intercalados con otros de cacao y unos que otros surcos de hoja de *to*, abrazados todos en una extraña y armoniosa en-

redadera, a donde los niños concurrían a menudo para arrojar moneditas de menor valor haciendo trueques con el destino. En los días lluviosos, este pequeño palote de mar desbordaba siempre sus aguas a los lados, escupiendo tamos podridos y desechos de frutos y algunos reptiles de agua.

Y el encanto no se agotaba en ese paisaje acuático. Por ambos lados de la casa se erigían arrogantes otros linderos de plantas de momo, de chaya, de plátano y de surcos de hojas de *to*, máxime deleite de las tías cuarentonas. Así, entre la casa, el patio trasero y los lados –por el lado izquierdo se estrechaba el callejón principal que en forma de cuchilla se reintegraba a la calle principal que lleva a la ciudad de Comalcalco– había una especie de borde o de banqueta con las mismas dimensiones de un costanero, costado exhibido de tierra, al igual que el piso en el interior de la edénica casa, no faltando el elemento sublime de una terraza frente a su corredor recién forrada toda en una manta de granos de cacao acabados de cosechar, arrojados allí para atraer la furia del sol.

Fue la víspera de navidad de 1952, mismo año de la restauración de la icónica casa, que el niño José Rulo Espigal, octavo hijo de don Tano y de doña Carmen Espigal, ordenado por sus tías –hermanas de éste–, subió al tapanco para cruzar amarres alrededor de una caja de cartón que se encontraba detrás de una de las dos pilas de sacos de elotes recién escorados. Una vez atada la gran caja y jalada hacia él, comenzó a empujar a través de la calle entre los bultos de elote, y cada vez que él empujaba hacia el hueco de la escalera, abajo las tías desde el corredor abatían la cuerda, jalando con todas sus fuerzas el embalaje de cartón hacia sí.

El plan estaba maniobrado. El niño Rulo debía empujar la caja en alternancia con las tías y darles nítida señal en cuanto la caja llegara cerca del borde de la abertura de donde se afianzaba la escalera de descenso. Las tías debían jalar la cuerda, estar atentas al chiflido de Espigal para entender que la caja había llegado al punto de referencia. Pero, la fantasía que le sobrevino justo en ese momento marcó su fugaz existencia.

Llegado casi al límite, Rulo comenzó a chiflar suave mientras ellas se aferraban a la cuerda jalando y jalando sólo por jalar. Al percatarse de la necedad de las tías, tocó alterado todo su arte de rechifles. Todo fue en vano porque en el burdo ja-

loneo la caja se movió con la fuerza suficiente para que de un solo jalón se esfumara por el hueco. Rulo corrió hacia el hueco y, acuclillado y con los ojos expandidos y mirando hacia el vacío inferior, vio cómo la caja se rompía en una estrepitosa caída, y cómo de su interior se vaciaban pedazos de yeso haciéndose polvo por todo el corredor. Quedó sobresaltado. Desestimó la propia vida. Optó al instante por ser la esencia del fetiche profanado al muchachito profanador. Comenzó a auto extinguir su existencia en un juego de espejismos.

Agazapado allí arriba, por el borde de las escaleras, mirando hacia abajo, el espejo de los ojos de Rulo reflejaba un funeral compuesto por dos desechas tías que gritaban de espanto, de dolor y de lamentos. También se reflejaba en sus ojos la caja y los pedazos que antes componían al niño Dios, que desde justo una semana antes de noche buena debía ser arrullado por todos los brazos beatos de madres y abuelas de Villa Tecolutilla. En esos segundos el tiempo se transfería.

Los llantos desgarradores; el reacomodo en la caja de las sacras fracciones esparcidas; el panorama de gente voceada que al instante concurría desde lo lejos del callejón; las gruesas gotas de lluvia que comenzaban a azotar el tejado de la casa y a desparramarse sobre los plátanos, el momo, las hojas de chaya, las hojas de *to*; el mar que enrollaba inmensas olas de lodo en la caleta; la efigie dentro del ataúd de cartón recompuesto abajo en el corredor; la baba del cacao semi seco sobre la terraza siendo estimulada por la lluvia; el lejano paisaje de todo un campo alto de maíz donde antes era palmar que aparecía apenas como retrato sobre el copete de la caleta. Todo eso sucedía alrededor de Rulo, y quedaba impreso en su mente en una imagen panorámica ante sus estáticos ojos. Rulo seguía acuclillado en el tiempo en la orilla del tapanco mirando a los deudos reunidos todos allí abajo.

Un ligero programa funeral de alimentación había sido predispuesto: desde revolver los huevos con chaya, freír los plátanos pintos, colar el café recién tostado y molido, hornear los buñuelos, vaciar en hojas de naranja el dulce de mercocha, sancochar las castañas, moler el maíz junto con el cacao tostado y atinar la sazón del caldo lampreado de unos pochitoques que la caleta recién había escupido hacia la casa de palma, de donde también habían levantado unos limones dulces para el paladeo.

Entretanto, las viejas tías pausaban de momento sus lamentos detrás de la cortina para encomendarle a ciertas mujeres ir al patio por unas de hojas de momo, otros manojos de plátano macho cuasi podridos y de hojas de chaya. Habían organizado también a otras madres y abuelas de entre la concurrencia para inmiscuirse en las ingenierías de la cocina.

Ese día toda la casa se mantuvo predispuesta a los recorridos indiscretos del público. Unos niños que jugaban al juego de las escondidas entre los raquíticos plátanos y hojas de *to* en los lados de la casa; unos adolescentes que desenterraban moneditas de los 50 en una tenebrosa remembranza de caleta; unos jóvenes que se columpiaban en mecedoras de llantas de coche sujetadas entre unos ramajes de árbol de mango; unas señoras –entre ellas unas tías nonagenarias– que lloraban con amargos suspiros detrás de una cortina; un conjunto de adultos que hacía una fila para dejar caer en turno cadenas de lágrimas sobre un rostro opaco y una boca risueña que había emitido el último aliento de vida, sobre unos ojos que se extinguieron y que nadie quiso cerrar, el rostro del difunto Rulo; una tercera casa en 2012, de don José Rulo Espigal.

Unos dicen que lo mató la nostalgia, porque por las tardes desde cuando era niño subía al tapanco y, sentado en el borde de la escalera se perdía por horas en una mirada infinita, frontal y oblicua, hasta por los 90 cuando la espiritual casa de palmas era reemplazada por los diseños posmodernos de material de concreto. Eso mismo aseguraban de su padre, que una nostalgia inflexible había acabado con don Tano en los 80, que era hereditario en los Espigal. Aunque otros alegan que un lóbrego vacío de mente se había apoderado de Rulo, como aquellos prolongados silencios de los patitiesos Demián y Siddhartha.

Mientras, una fila que avanzaba hacia el cuerpo, como siendo jalada por la cuerda de un chiflido desde dentro del ataúd; una bulla de chiquillos que lanzaban avioncitos de

papel en los juegos infantiles de la terraza de enfrente; un tintinar de lluvia que comenzaba a arreciar sobre el tejado de asbesto de la *otrora* casa de palmas, chubasco que también rebotaba sobre algunos plátanos, chayas y hojas de *to* desproporcionados y macilentos en los lados; un conjunto de personas que a lo lejos se le miraba correr hacia adentro de la casa; unas viejas tías que chasqueaban violentamente sus narices detrás de la cortina; unas damas que repartían otra ronda de café acompañado de unas castañas cocidas sin pelar; un ataúd apostado con el rostro del difunto viendo hacia el dintel izquierdo de la puerta principal en el nuevo amplio corredor de la casa, justo frente a donde antiguamente se erigía una escalera de madera de caoba y de tronco de coco, sucesivamente, que llevaba hacia un tapanco de almacenajes.

Un cuerpo reacoplado por el personal de la funeraria dentro del ataúd; un rostro pálido con una remembranza de contemplación; unos ojos ya vidriosos de tanta absorción lágrimas caídas de los nublados ojos de los deudos, ojos fúnebres desde donde se proyectaba el panorama de toda la forma de la casa, y desde los que se podía ver en el frente hacia arriba, por el lado izquierdo de la puerta, una silueta de un párvulo acuclillado en el borde de la abertura de un tapanco; unos ojos párvulos que también reflejaban debajo de sí la figura de un hombre llorando detrás de una puerta de caoba, cubriéndose las cuencas de sus ojos con sus puños y dejando caer sus lágrimas por el mentón a la vez que reflejaban a un niño Dios recompuesto allí abajo por las rezadoras de Villa Tecolutilla; mismos ojos en los que se reflejaba él mismo dentro del ataúd allí abajo. Lo miraba en el tiempo con la misma contemplación con que el muerto lo hacía hacia él.

Un cielo azul

Noé Zapoteco Cideño

PALABRA

Karina Licea

Lupa convexa
lazarillo de mis cuerpos
pieles muertas y arterias por jardines,
alcohol para cicatrizar mi sed,
sustancia para mis espasmos
y cigarrillo para mi boca muerta.
Palabra
cárcel donde me encuentro,
redescubro y aíslo;
oblicuidad forzada;
segregación para mis facetas,
a veces narrador, cirquero
y poeta.
Palabra
la finitud de las sombras
en los cielos cuarteados,
estandarte sin marías,
centinela para el golpe de estado;
el mundo se desprende del eje
y los trópicos enfermos quedan:
cáncer y capricho eres.
Palabra.

Apro-xima-cio-nes

Mariscela Z. Yatzil

Me agobia la pigmentación de tu aliento...
las calles han blandido mi existencia
y la tuerca sigue dando vueltas.

En la esquina de tu último escrito
mis lágrimas han derretido el tiempo...

Cuánta falta le haces al mundo,
sin ti el poeta maldito sufre en un altar
pidiendo por los demás.

Tu transmigración tortura los perros,
maúllan los gatos,
se trenzan en contra fuerza
de mi peor batalla.

Estoy perdiendo el comienzo,
intento inútil de improvisar.

¿Cuándo fue que dejamos de reír con ese chiste infantil?
Después, mirando el techo de nuestra casa, hablamos de nada,
el silencio de Dios nos interrumpió,
"creo que ya decodificó nuestra conversación",
dijimos envolviéndonos en nuestra risa.

Hoy, sustituí por un momento tu ausencia,
en "Los perros románticos" Bolaño me remarcó:
tu amor está enredado en el mundo de los súcubos.

Me duelen tus libros,
las palabras te yerguen,
quiero escribir, escribirte, escribiéndome,
pero solo termino en aproximaciones...
No puedo.
No puedo expoliar esta vida de harapos
y tú, hozando la muerte.

Jicaras

Noé Zapoteco Cideño

Soneto del pulque

José Carlos Monroy

"Ojalá la vida fuera un pulquito
para tomarla en serio."
Dominio público

La nívea delicia por Xóchitl vista
es líquida y blanca dádiva de Mayahuel,
y más dichoso el de los toltecas, rey
que lo probó antes que nadie en vida.

¡Tú, la alba perdición de Quetzalcóatl!
Que fue engañado por Tezcatlipoca
y abandonó su costumbre devota
por el incesto y la más cruel deshonra.

¡Maná del altiplano mexicano,
bebida y alimento de mi campo!
Eres causa de las mejillas rojas
y del agua, agradable suplidora.
¡Tú, fluyente sangre del meyolote,
de Ome Tochtli la más hermosa dote!

La Flor de la Pradera

Ricardo Camarena Castellanos

A M. Norma.

Déjame que te cuente, fuereña. Déjame que te pinte la escoria, ahora que aún se mece en un sueño –de metanol– la hija del viejo Ronald Cook y de la indígena *cree* Shauleena La Riviére. Déjame que te cuente el abuso. Ahora que aún mutila el recuerdo; ahora que aún se mece como en sueño, el viaje de metanol, mariguana y whiskey del *welfare*.

Look, peruvianita: acá también hay cholitas, Shauleenas pero sin quena, ni charango ni bombo, mi carnalita, para bailar. Pero, como la flor de la pradera, ellas también danzan a la luz de la luna, desnudas de amor como sacerdotisas a la intemperie, como niñas olvidadas en la nieve, como *snow girls*, *neglected* por sendos padres y por abuelos y por generaciones enteras, y ancestros ritualistas, embrutecidos y postrados tras agotar en whiskey y tabaco el cheque del *Family Day* en la *liquor store* de la única avenida pavimentada del pueblo. Como desde el parteaguas, y partefamilias, y parteculturas, y parteidentidades que fue el feo asunto de las escuelas residenciales en Canadá que traumó a sus *cocos* –sus abuelas– y que mandó a la lona, al piso sucio de su casa, herido de muerte cultural, al patriarca guerrero emplumado. No con una flecha artera, sino con una hartera de cervezas Molson locales y Coronitas mexicanas de importación. Déjame que te Corone, fuereña.

Déjame que te encuentre, ribereña. Déjame que te rescate del fango, del fango que entretiene el incesto; ahora que aún se mece en un pueblo, en una hamaca mascando tabaco, el viejo *metis* del río Churchill y la pradera. *Snowflakes* en el pelo, y mugre hasta en la cara, drogada tambaleaba, La Flor de la Pradera. Derramaba amargura, y en su pecho llevaba, aromas de abandono, que a su paso dejaba.

Del puente entre Air Ronge y La Ronge, menudo pie enlodaba, por la vereda que se estremece, por los *tráilers* a Athabasca y a Stanley Mission. Y no por sus caderas manoseadas por parientes a nombre del *babysitting*. Recogía basura, de la orilla del río, y el aluminio y el plástico de botellas al *recycling* los llevaba, del puente a la avenida.

Déjame que la rescate, ribereña ¡ay! Déjame que te diga, pradera, mis resentimientos. Ahora que al fin despierta del sueño; del sueño de metanol, del infierno que embrutece, pradereña, sus pensamientos. Aspiraba a la cultura que da la

vida y la escuela residencial, abrumadas por peligros, marchitando su hermosura. Y recuerda que: los piojos en el pelo, y manchas en la cara; espiritosa deambulaba, La Flor de la Pradera. Pero ella no cabe en tu *jukebox* mental ni en tu valsecito peruano, limeña venida a North Saskatchewan a buscar no tu residencia en la tierra, sino tu residencia permanente por medio del programa migratorio de *Hospitality*, eficacísimo para los filipinos que se vuelven canadienses y continentales. No hay un espacio sociocultural en toda la *praire* para entender que esa *teen* ebria y drogada, aún enjaulada en una reserva sin vallas, también forma parte de esto que, créaslo o no, es Primer Mundo, al igual que los autos seminuevos pero *wrecked* frente a las casas grises como monumentos al fracaso; al igual que los *skidoos* desechos como esqueletos metálicos de velocirraptores de museo saqueado; al igual que los triciclos ruedas arriba, oxidados y semihundidos en la nieve eterna, que parecen haber paseado no a niños *First Nation*, sino a duendes de la destrucción, del sinsentido. Es una miseria igual a la de tus *aguarunas* fronterizos; allá donde Ecuador y Perú, como las familias y como los matrimonios, se han juntado y se han agredido sin remedio.

Así que, déjame que te pida, limeña, que te vayas olvidando de los jazmines que por acá ni florecen ni florecerán, y que la docena de rosas que te pondrías en la cara está a 12 dólares, una hora de tu trabajo aporreando almohadas olorosas a sudor y sexo sucesivo, cobijas de calor ajeno y transacciones sospechosas de trata de niños. A ver si así despiertas del sueño, del sueño norteamericano que entretiene, morena, tus pensamientos.

Aspiras a ciudadana como La Flor de la Pradera, alcoholizada con martinis y meltizando bicultura. Te asombra de nuevo tu suerte y empantanas la alegría, que el río Churchill remojará tu paso, por la vereda. Y recuerda que: incestos en el pueblo, y olor de mariguana, airosa respiraba La Flor de la Pradera. Recogías la prisa, de la risa del tío, y al pueblo abandonabas, del puente a la pradera.

La Ronge, SK, julio de 2012.

Las raíces del mal

Amelia Modrak

El mal hunde sus raíces en el egoísmo,
y el egoísmo,
ese camello sediento,
bebe de las aguas del miedo.

El miedo,
siempre tan vengativo,
siempre tan inseguro,
viene con la falta de amor.
y ésta,
tan despistada,
tan descentrada,
viene con la inmadurez.

¡Qué increíble es que el desconocimiento
pueda hacer tanto daño!
¡Qué maravilloso sería si todos pudiéramos saber!

Saber que somos una cadena,
un hormiguero,
una colmena,
y que nuestro mundo es un puro vergel;

que nuestro corazón es sólo Uno,
pero compuesto de billones de células,
tantas,
como personas hay en la tierra;
que debemos amarlo y cuidarlo
para que funcione bien.

APOCALÍPTICA

Rusvelt Nivia Castellanos

Desde el ayer hasta el hoy, las bombas explotan en la ciudad de Gaza. Abajo se vienen las edificaciones; las casas y las chozas, quedan derrumbadas. Todo está caótico entre los bombardeos y la humareda. Aquí tiembla esta urbe con estridencia. Por tales horrores, sufre esta población humana, presenciando a la misma guerra, que los descalabra. Muy grave, se halla la desesperación, los pobres sobrevivientes salen a las afueras, revueltos en angustia. Las familias corren despavoridas por las calles, huyen de los ataques terroristas. En despliegue, unas se dirigen hacia los refugios y otras van a meterse en los túneles. Cada persona, trata de esconderse con rapidez entre los rincones. Igual, los tanqueros enemigos persisten con sus cañonazos. Desde la frontera; los milicianos van lanzando misiles a los ciudadanos desprotegidos, imponiéndose por el fuego violento. Y enseguida, recaen los estallidos contra mucha gente de esta región palestina. Así que de súbito; resultan madres moribundas en los arenales, descubriendo sus dolores y sufrimientos, resienten ellas sus heridas reventadas, gimen en medio de la agonía. Más declinados, los jóvenes aparecen chorreando sangre, repletos de magulladuras. Mueren al mismo tiempo, niños y niñas, fallecen tumbados contra la tierra, ya masacrados por la ofensiva de los asesinos. Desigual a la hora, pasa esta invasión guerrerista en los barrios marginados de la capital gazatí. Los civiles andan presentemente metidos en una pesadilla. Más aún, resuenan los torpedos tremebundos, que destrozan apartamentos y destruyen los hogares, seres humanos allí son matados. Eso la candela rebulle adentro en los distritos catastróficos. Entre los retumbos, centenares de personas se tropiezan contra las paredes y ellas terminan enterradas bajo los escombros. Ahora este territorio se ha vuelto una necrópolis, la urbanización está casi toda destruida. Acontece en realidad lo terrorífico. Hay muchos desangrados en esta ciudad del medio oriente. Y por tal genocidio; solos y entre ruinas, los huérfanos gritan la pérdida de sus seres amados, ellos enlutados, lloran a los suyos, desamparados entre esta mortandad.

Más declinados, los jóvenes aparecen...

Anatomía de lo incierto

Alejandra Olivares

Qué he de hacer para preparar mi cuerpo cada noche que intente gritar tu nombre entre mis brazos, en mi sangre; cuando estés lejos y en mi reloj nunca sean las diez.

Cómo no disponer de cada rincón de mis arterias cuando la luz se apague y desconozca si son las seis o son las nueve. No sabré quitar los pliegues de las sábanas ni apilar las almohadas, si ponerme vestido o pijama.

Quién aplastará la resaca de mis pulmones cuando, después de exhalar, me quede sin aire y me quede colgando, desembocando saliva en mi propia espalda.

Dónde esconderé mi desesperación al saber que estoy perdiendo el calcio de los huesos, que voy mirando ciega, sin ganas, asintiendo con los músculos dormidos que lo que me protegía ahora me pesa, recorre y astilla.

Cuándo pisaré la piedra con la que ibas a tropezar la misma noche que vi nacer los agujeros de tus mejillas. En qué ángulo oblicuo trituraré las bacterias inútiles que caen de mis ojos para encontrar el hueco correcto que anide la descomposición del nudo asfixiante del recuerdo.

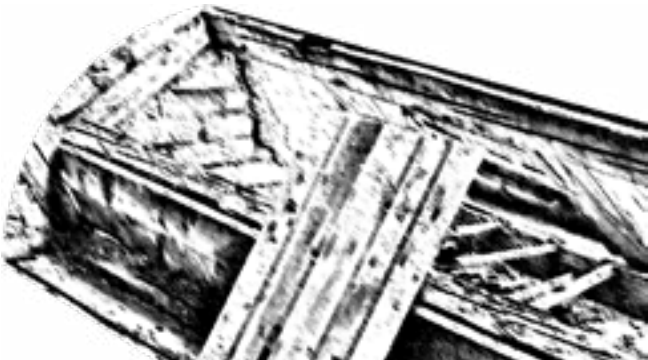
Qué me importa si ya nada está en su sitio, si perdí la lateralidad en las líneas que caen del séptimo piso, rompiendo cada vaso sanguíneo de mi lado derecho.

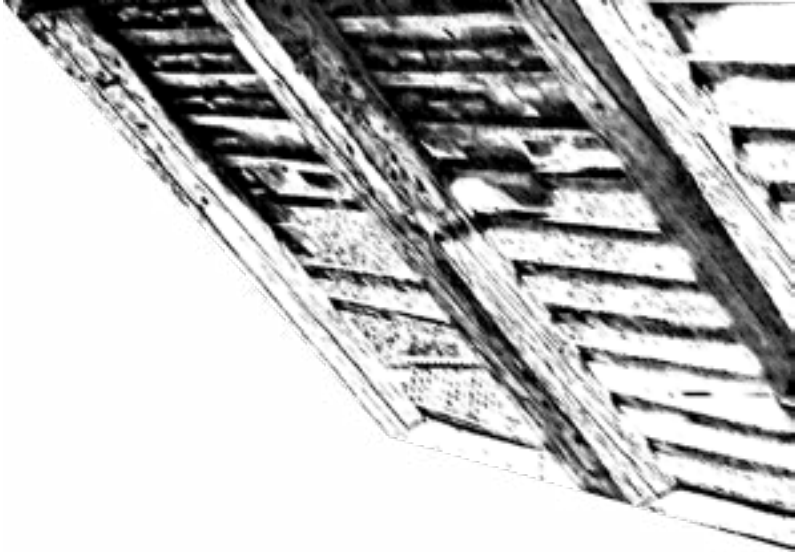
Esta ahí.
Sigue ahí.
Diciéndome.
Doliéndome.

Como un ligamento dañado que pide recostarse en su silla, apoyarse en la mesa de centro mientras se distiende el deseo de verte y que mires los efectos del "hubiera".

Para qué mis vértebras deshechas antes del derrumbe, arrastrándome, inmunes al dolor de las dos de la tarde cuando espero en la puerta con mi mejor beso y una flor violeta, y no llegas.

A quién pido ayuda.
Cómo salvarme de mí.
Qué pasa ahora que retroceden las noches y no sé cómo respirar.
Qué es esto que duele sordamente, aunque grite mis quejas.





Hasta dónde
buscaré,
saltaré,
preguntaré.

Que no hay nadie.
Sólo lo hondo,
lo casi olvidado,
el lenguaje asfixiante
del antes y después.

Que no alcanza.
Que nada alcanza.
Si no entiendes
dónde estás.
Dónde estás.

Ofrenda

Haizel de la Cruz

Pequeño Manual para el Viajero en el Tiempo

Jorge Díaz Martínez

Preludio:

Sé el tiempo.
A partir de los futuros que hemos sido.
Gracias a los pasados que seremos.

Somos seres de tiempo.

Capítulo 1:

Los seres de tiempo gestan, narran y transmutan.
Los seres temporales simplemente trascienden.

Capítulo 2:

Ser de tiempo, entiende al Tiempo como un Ser.
Está vivo. Reconócelo. Respétalo.
Vívelo.

Capítulo 3:

¿Cuál es el sentido del viaje en el tiempo?
Si no se encuentra, se sugiere intentar detener los tiempos.

Capítulo 4:

Habrá quienes consideren necesario un DeLorean, una TARDIS, o una misteriosa silla al más puro estilo de H. G. Wells, para comenzar con su viaje. Afortunadamente, no tiene por qué ser tan complicado.

El punto de partida, el mecanismo de desplazamiento temporal, se encuentra en nuestros propios cerebros. Ahí, donde se gestan tus palabras, tus ideas, y tus deseos, entre otras cosas, efectúas tus viajes, constantemente. El secreto del viajero, es que es su propio vehículo.

Ser de tiempo, viaja.

Capítulo 5:

El vehículo.
El vehículo, tu cerebro, está conformado por dos hemisferios.
Dos hemisferios que se complementan. Crean y recrean.
Perciben, significan, te lanzan en un vertiginoso e inacabable viaje entre los tiempos.
Las incesantes luces sinápticas de tu experiencia de vida, de tu viaje, son pequeños, y a la vez inmensos soles que nacen y mueren constantemente.
Puedes así, reescribir el futuro, y avanzar a nuevos pasados.

Ser de tiempo, enfréntate a lo posible.

Capítulo 6:

Un ser de tiempo realizará sus viajes con la única convicción de recorrer las veredas temporales que su voluntad ha elegido.

Así, encontrará a sus acompañantes.

Ser de tiempo, comparte tus caminos.

Capítulo 7:

Los viajes compartidos.
Los seres de tiempo comparten historias. Historias que suceden en compañía.
Miradas cómplices, palabras sensatas, manos firmes y pies sincronizados, son características del buen viajero que se hace acompañar y que acompaña.

Surgen preguntas: ¿Hacia dónde? ¿Hacia cuándo?

Seres de tiempo, armonicen ritmos.

Capítulo 8:

Los riesgos.
Seres de tiempo, peregrinos en constantes encuentros.
Hay dos riesgos fundamentales, que habrán de sortearse en todos los tiempos.
Uno es el propio temor a encontrarse a sí mismo en alguna de las veredas temporales.
El otro, encontrarse a sí mismo, deseando que sea otra persona.

Mundos colapsarán y mundos han colapsado a partir de estos dos conflictos.
También, mundos nuevos nacerán. Mejores tiempos resultarán.

Seres de tiempo, no teman.

Capítulo 9:

Los Otros Viajeros.
En las espirales de los tiempos, el viajero se encuentra a sí mismo, múltiples veces, infinitos contactos.
No en todos los encuentros le es posible reconocerse.
No en todos los encuentros se descubre.

A veces en compañía, a veces en soledad, El Tiempo juega a ser un espejo.

Seres de tiempo, reconózcanse.

Capítulo 10:

Los preparativos.
Antes de un nuevo desplazamiento, son recomendables los preparativos.
En ocasiones no es posible. Viajes emergentes.
Sólo algo se sugiere.
Viaja ligera.
Ligero.

Seres de tiempo, viajen ligeros.

Capítulo 11:

Viajar ligeros.
Dicen los que saben de viajes, que lleves una toalla, o un pañuelo.
Algo con lo que te puedas cubrir del sol y el viento, con lo que puedas amarrar, que sirva para guardar, que te ayude a curarte, y secarte. Que también sirva para hacer café, que te permita tomar lo caliente y lo vivo con delicadeza.
Algo que sirva para muchas cosas.

Seres de tiempo, sean prácticos.

Capítulo 12:

Lo que llevamos.
Ahí a donde vamos, dejamos un poco de nosotros, tomamos un poco del Tiempo.

No tomes más Tiempo del que puedas llevar.
No dejes menos de lo que debas sembrar.

Seres de tiempo, equilibren su carga.

Capítulo 13:

Ya lo decía Cortazar, llevar un reloj es exponer nuestro ínfimo ser a las derivas de la existencia.
El reloj es un ancla para los viajeros.
Limita lo posible a una sola y tajante realidad.
Tic.
Tac.

Seres de tiempo, despréndanse.

Capítulo 14:

El mayor peso.
Para viajar con ligereza, y poder sortear los obstáculos que encontremos en las veredas temporales, se sugiere manejar con sumo cuidado aquello que hará más pesado nuestro equipaje.
Las expectativas.
No es posible simplemente abandonarlas, a la deriva de los tiempos.
Peor aún resulta, pedirle a quien nos acompañe que las lleve por nosotros.

Pero éstas, se pueden doblar. Como papel, siete dobleces.
Guardarlas cerca del corazón.
Son tuyas.

Seres de tiempo, dimensionen.

Interludio:

Antes de emprender los viajes, una cosa más:

Respira.
Abandónate.

Capítulo 15:

Ante el vértigo de los viajes.
Es común sentir vértigo en las distintas etapas de un viaje.
Hidrátate, de cuerpo y mente.
Ideas fluentes, emociones que se expresen.
Contempla el camino, el propio Tiempo.

En la contemplación, el vértigo se torna en potencial creativo.

Seres de tiempo, contemplen.

Capítulo 16:

¿Hacia cuándo?

El destino se elige a partir de un sólo criterio.
Que sea inexorable, ineludible, y vertiginosamente, hacia un Ahora.
Con toda calma.

Seres de tiempo, elijan en libertad.

Capítulo 17:

¿Hacia dónde?
En los viajes, eventualmente se llega a los bordes abismales del Tiempo.
Ahí donde no hay nada.
Aún.
En conjunto, con los otros viajeros que ahí se encuentran, puentes son construidos.

Seres de tiempo, salven los abismos.

Capítulo 18:

Conclusiones.
El regreso es improbable.
Nunca regresa la misma persona que partió.
Distintos tiempos, distintos espacios.
El peregrino siempre llega a caminos insospechados.

Seres de tiempo, tracen mapas.

Capítulo 19:

El Fin de los Tiempos.
Momentos álgidos.
Una sola decisión.
El viajero llega, puntualmente, a su personalísimo encuentro con El Tiempo.
Cuando lo reconoce en su totalidad.

Seres de tiempo, decidan.

Capítulo 20:

El Tiempo.
El único fin del viaje, nunca carente de ambición en su relativo inicio, es la comprensión del propio Tiempo.
Cuando un ente contacta con otro, pueden comunicarse.
Los entes que se comunican, transforman.

Ser de tiempo, habla del Tiempo.
Seres de tiempo, hablen con el Tiempo.

Epílogo:

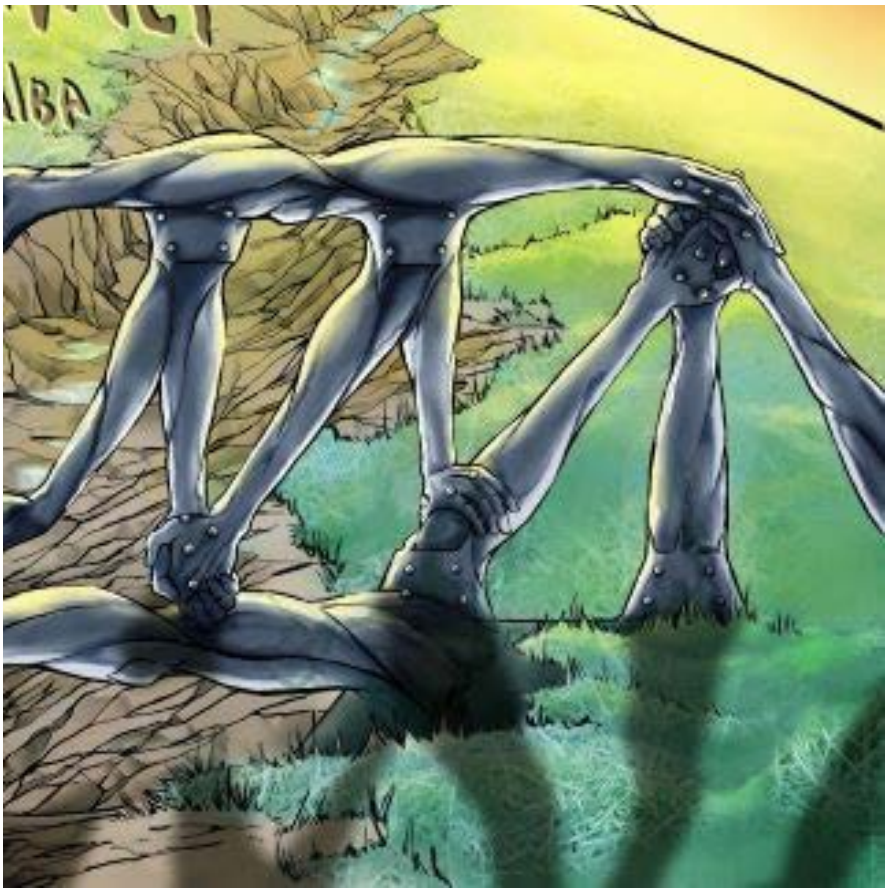
Los viajes se gestan, al igual que las historias.
Historias propias, historias en compañía.
Historias que se le cuentan al Tiempo.
El Tiempo, que escucha y recrea.

Dos entes en contacto.
Historias.
Sentidos.

Voces de Tiempos.

Chai Rimel "Hoy Siempre"

Javier Villalba



Chai Rimel, "Hoy, siempre", es el cuarto trabajo musical del cantautor Javier Villalba, que ratifica su compromiso con el rescate de la lengua ranquel, la búsqueda de nuevos sonidos y texturas que ambienten las historias de los ríos pampeanos; la naturaleza, recuerdos personales, la incansable búsqueda de las Madres y Abuelas de plaza de Mayo y una dedicatoria especial al *Lonko* de su comunidad, Fermín Acuña.

Ganador del Fondo de Fomento del INAMU (Instituto Nacional del Músico) 2017-2018, región Patagónica, *Chai Rimel* fue grabado entre los meses de marzo, junio y diciembre de 2018, y fue subido a las plataformas digitales en 2019 por la empresa discográfica EPSA Argentina el 1 de febrero.

Cuenta con ocho composiciones;

1 - Nelaico (No hay agua) – 2 Chai Rimel (Hoy, siempre) – 3 Palabrear –4 Punantu (Puesta de sol) – 5 Soy de Tuay – 6 Serás – 7 Ñuke Chemkintum (Madre que busca. En base a una poesía de Alejandro Almeida) – 8 Chem weñan Lonko. (Qué tristeza lonko)

Música de raíz folclórica como la huella, cueca o chacarera, se mezclan con los sonidos de rock o virtuales electrónicos en varios pasajes del disco, sin perder la esencia de la canción primigenia.

Chai Rimel fue grabado entre marzo de 2018 y febrero de 2019, en Tierra Adentro de Federico Camiletti y La Gran Ruta Discos, de Mauricio Ponce. Participaron los músicos Lía Hernández (piano); Tobías Pignol

(violín); Federico Camiletti (piano, programación de secuencias) y Mauricio Ponce (guitarras y programación de secuencias). El master fue realizado por Román Ramonda en los estudios que posee en Córdoba.

Si bien en un primer momento el trabajo sólo estará disponible en las tiendas virtuales, *Chai Rimel* espera ser editado en CD, con un pequeño libro que contenga las letras en la lengua ranquel. Es notable también el trabajo de arte de tapa surrealista que resalta la obra musical. El dibujo es creación junto al artista y docente Matías Prieto Cané, que resumió en una vista panorámica todas las historias de *Chai Rimel*. Allí conviven el *Choique* con el nativo; los zorros custodian a *Kuyen* y *Antú*. Y la postal de nuestro río seco, con un puente hecho brazos y manos, que quieren abrazarlo y verlo seguir su curso.

Avalado por el Consejo de Lonkos desde 2013, Javier Villalba tiene previsto presentar este trabajo en el transcurso de 2019 en distintos escenarios junto a *Werken*, su grupo musical.

Javier Villalba
Werken comunidad Baigorrita – Cantautor
Teléfono: 490245 - 15521717

Santa. Donde el día se torna oscuro

Víctor Manuel Balam Villanueva

Gamboa, Federico. *Santa.* Ciudad de México: Editores Mexicanos Unidos, 2014, 206pp. ISBN 978-607-14-1364-2.

Barro fui y barro soy, mi carne triunfadora se halla en el cementerio.

Con una dedicatoria desde ultratumba da inicio esta novela. Propia del romanticismo, pero con dotes del naturalismo y realismo que ya comenzaban a tener auge en el final del siglo XIX. Santa nos relata su propia historia, que es permeada por el engaño, la desilusión y la decepción que produce un mundo vicioso, adicto al alcohol, a las mujeres y malas costumbres.

Cuando reí, me riñeron; cuando lloré, no creyeron en mis lágrimas, y cuando amé, ¡las dos únicas veces que amé!, me aterrorizaron en la una y me vilipendiaron en la otra. Cuando cansada de padecer me rebelé, me encarcelaron; cuando enfermé, no se dolieron de mí, y ni en la muerte hallé descanso; unos señores médicos despedazaron mi cuerpo, sin aliviarlo, mi pobre cuerpo magullado y marchito por la concupiscencia bestial de toda una metrópoli viciosa...

Iniciada en 1898 pero publicada hasta 1903, Santa es una de las obras más reconocidas del autor mexicano Federico Gamboa, quien desde pequeño emigró a los Estados Unidos junto a su padre, el general Gamboa, en donde escuchó a través de sus historias el mal momento que atravesaba México por la *pérdida de sus territorios. Debido a esto* el autor afianzó su patriotismo mexicano, sin dudar, su estilo se enfiló en el camino marcado por Manuel Altamirano, Justo Sierra, y demás escritores, en la consolidación de una literatura mexicana, en aquella nación que aun comenzaba a brotar después de haber conseguido su independencia.

La historia de esta joven prostituta, comienza *in media res* y conforme avanza la lectura, el autor presenta los comienzos de la historia a manera de analepsis. Es decir que relata dos historias, la del presente y la del pasado. A través de las dos partes que posee la historia, divida en cinco capítulos cada uno, Santa atraviesa el día y la noche de manera peculiar, padeciendo y disfrutando en cada una de ellas.

El relato comienza con la llegada de Santa a un burdel en la ciudad de México, en una noche triste, permeada por la soledad y el desprecio. Esto marca el inicio de una vida nueva, la cual ya no se desarrollará en el día, si no, de una manera nocturna. A partir de este momento Santa no tiene más que resignarse a acoger la noche como una amiga, ya no con miedo o desprecio.

Santa es originaria de Chimalistac, donde ha vivido toda su vida, en compañía de su madre, sus dos hermanos y su perro "Coyote", los segundos son los encargados del alimento y la economía de la casa después del deceso de su padre, quien en ningún momento de la historia aparece, pues cuando la novela inicia el ya no está. Es un pueblo adornado por la naturaleza inmensa, a través de ríos y los animales el autor nos presenta la hermosura del pueblo.

Por todas partes aire puro, fragancias de las rosas que asoman por encima de las tapias, rumor de árboles y del agua que se despeña en las dos presas. En el día, zumbar de insectos, al sol; en la noche, luciérnagas que el amor enciende y que se persiguen y apagan cuando se encuentran.

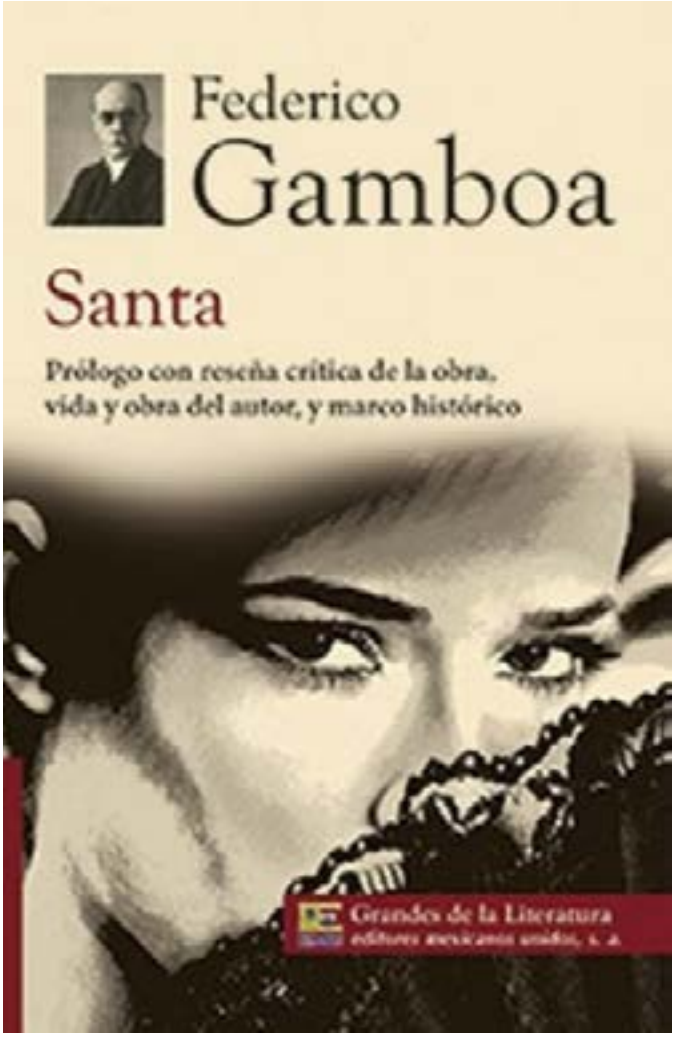
El Pedreguero es el sitio favorito de Santa, en ese lugar que solamente tiene comparación con el Edén, la luz del sol no hace más que mostrar la belleza de aquel paraíso que como tal también encierra en sí la fruta prohibida que hace caer en tentación. Es lugar de gloria para Santa pues se ha entregado por primera vez ante un hombre. Pero después se convierte en las tinieblas, donde por placer una vez más sucede y se siente bien, pero después un triste engaño ha dejado a Santa sola en ese infierno y con un ser dentro de ella.

El día ya no es claro, si no meramente opaco pues las desgracias han comenzado a llover sobre Santa, un aborto repentino ante su madre hace que esta se dé cuenta del terrible pecado que ha cometido su hija. Esto no trae más que la desdicha

a Santa, quien se gana el deprecio de toda la familia, y no le queda más que huir, lejos de su pueblo. Su única salida: la ciudad de México.

El baile, los hombres y el dinero nunca faltan en una buena noche y mejor cuando es acompañado de Hipólito, el ciego pianista del burdel, a quien Dios le ha cambiado la vista por un gran talento frente al instrumento. Hipo, como le dicen de confianza, se encariña demasiado con Santa, desde su primera noche en el burdel.

Santa se vuelve la predilecta en la casa, los hombres hacen turnos por ella y todos la desean, lo cual le atrae fama y dinero: joyas, buena ropa y cenas en restaurantes caros. La noche ahora ilumina la vida de Santa, el autor nos narra a través de esta el auge que logró tener Santa y lo bien que le comenzó a ir en el negocio de la prostitución.



Tanta belleza y sensualidad hace caer a más de uno. Santa conoce al Jarameño, torero español, con quien se empareja y ahora le toca volver a vivir en el día, ya no como prostituta sino como señora de la casa. Sin embargo, su costumbre a la noche hace que extrañe y tras una serie de acciones, el Jarameño la expulsa de su casa y ella va de vuelta a la casa de Elvira, para volver a la fama que la noche le regala.

Pero no tarda en aparecer un nuevo pretendiente en la vida de Santa. Esta vez se encuentra con el Rubio, hombre de dinero, pero no con buena personalidad. Las constantes discriminaciones hacia ella la hacen caer en los vicios y extrañando la noche, viviéndola en el día. Esta vez de nuevo es expulsada de la casa del Rubio, pero ahora ya no tiene nada, y tanto alcohol la ha dañado que ya no puede ni regresar a la casa de Elvira.

Ya ni el sol, ni la luna acobijan a una pobre prostituta que ha caído hasta lo más bajo, con tal de conseguir dinero y de satisfacerse a sí misma. La novela quedará definida en su último curso por unos dolores que aquejan a la protagonista, quien no hace más que buscar refugio en el hombre que la amó más allá de la vista: Hipólito. Estos dolores son causa de sus vicios y desenfrenos en la vida, que son como el castigo divino en busca de la redención de su alma. ¿Este martirio logrará su cometido?

Federico Gamboa plasmó de una manera espectacular la vida que se experimenta durante la noche en la ciudad de México: vicios, burdeles y desenfrenos de los hombres y demás "parroquianos" esto es lo que dota de realismo a la novela, el naturalismo se encuentra presente al mostrar las peripecias del principio y final que sufre Santa en su entrada y salida a la "vida galante" El romanticismo es propio de las descripciones del pueblo y en los párrafos donde el autor hace alusión al grito de independencia.

Es una novela de tamaño medio, sin embargo, la lectura se vuelve lenta debido a la gran cantidad de descripciones que hasta cierto punto salen sobrando, y la historia se podría leer sin éstas, sin embargo, no hace más que construir a través de nuestro imaginario las escenas, ¿Cómo no querer estar en Chimalistac? O ¿cómo no desear estar a un lado de Santa o al menos poder ayudarla en sus dolores? En la época de un "florecimiento" mexicano a cargo de Porfirio Díaz, esta obra es una crítica excelente para preguntarnos si en verdad México crecía o solamente algunos cuantos y que mejor manera de hacerlo que a través de la historia de las clases más bajas de la sociedad: las prostitutas.

Corteza de agua

Alondra de Jesús Méndez Abarca

Arroyo sabio, tus enseñanzas profundas
Corren en camino de piedras
Como sangre por mis venas

Sutileza al andar remarca
La inquietud de la mente ansiosa y rabiosa
Refleja la paz, anhelada del corazón en búsqueda de sentido

Las rocas remarcan el sonido
Alimentan la gloriosa mañana y fortalecen los ancestros

Sueño en no abrir los ojos a lo pendiente
Un corazón en espera y sin respuesta
El rumbo de la vida; deseosa de una ave

Las inmensas horas sin sentido que no se resuelven
Es ese eco de regresar a mí

Un segundo hogar, ¿será posible?

El mundo es un hogar inmenso y profundo

Soledad y vacío reconocidos en el riñón de la Sierra

El corazón late fuerte, como las entrañas de la tierra

Fe, cultivada en sus miradas, por ser pequeñas semillas

Ese fuego ya no se apaga.

Con rumbo en la vida, cual hoja al viento

He encontrado raíces de espíritu

En el ombligo existe esa luz
Nadie estuvo perdido
La sombra indica presencia y compañía

La luz dirige los pasos bajo las luciérnagas
La luna de conejo; lamentos antiguos y sabios
Conforman una nueva piel similar al álamo
Que me vio llegar e irme.

Revista Sinfín